

EL ÁNGEL DE BUDAPEST

Julio Martín Alarcón

1.ª edición: octubre 2016

© Julio Martín Alarcón, 2016

© Del material gráfico: Archivo del propio autor,
Archivo Pilar Sanz Briz, Yad Vashem, Bundesarchiv,
National Archives, Kew. U.K, Archivo Gábor Toth,
Archivo László Sorg.

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-558-6

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Introducción

Preludio

1. Calles de Budapest
2. Va'adat Ezrah Vehatzalah
3. El precio de la amistad nazi
4. A merced de los designios del Führer
5. El castillo de Barbazul
6. El ojo de Berlín se fija en Hungría
7. Madrid deja solo a Sanz Briz
8. Eichmann y el Comité Judío
9. Los fugados de Auschwitz
10. La destrucción de los judíos de Hungría
11. El protocolo del mal
12. La Solución Final al descubierto
13. Sanz Briz reclama a los judíos de la legación
14. La persecución en Budapest
15. España y los judíos
16. Sefardíes españoles, carecer de patria

SEPTIEMBRE-OCTUBRE

17. Sanz Briz y los judíos
18. El ascenso de la Cruz Flechada
19. Sanz Briz reclama a los sefardíes
20. El hombre que pudo salvar a 300 y no tenía demasiado
21. Las marchas de la muerte
22. La peluquería de la avenida Andrásy

- 23. Las casas españolas
- 24. El cónsul Perlasca
- 25. El nazi más buscado

Epílogo

APÉNDICES

- Documento 1
- Documento 2
- Documento 3
- Documento 4
- Documento 5
- Documento 6
- Documento 7
- Documento 8
- Documento 9
- Documento 10
- Documento 11

Bibliografía

Agradecimientos

Introducción

En los primeros meses que empleé en la documentación de la historia de Ángel Sanz Briz, me encontré con estas palabras de su entonces viuda Adela Quijano: «Su sentido de lo humano y lo humanitario era el de una persona normal: por eso no comprendió jamás esa demencia colectiva de los nazis.» Se quedaron en un cajón de mi memoria y proseguí con otros menesteres: cómo, cuándo, quiénes... No volví a ellas hasta mucho después. Adela las pronunció para un artículo en 1994, cuando los periódicos empezaban a descubrir a Sanz Briz. Lo que me llamaba la atención de esa frase, fruto de lo cual se fijó en mis ideas, eran dos palabras: «normal» y «colectiva». Adela quería decir que el estado natural de una persona era incompatible con la repugnante actuación de los nazis y sus seguidores. Pero no pude dejar de advertir esa ironía, debido a la acepción de «normal» que indica, precisamente, lo que sirve como norma, como regla, como modelo. Y la norma en Hungría fue, claro está, la «demencia», que por algo fue «colectiva»: el asesinato masivo no fue obra de un loco aislado, ni de unos pocos: sino de un conjunto de decretos, ordenanzas y leyes que ejecutaron las fuerzas del orden. En ese contexto, Sanz Briz, no siguió la norma, sino que actuó de forma extraordinaria: protegiendo y salvando a miles de judíos condenados a sufrir la degradación y exterminio por parte de los nazis. Es la razón por la que nos zambullimos en su historia. Y sin embargo, entre su colectivo, el de los diplomáticos de los países neutrales, la regla estuvo clara: una oposición ac-

tiva a la tortura y asesinato masivo promovido y ejecutado por los poderes del Estado. Solo así es posible entender los acontecimientos de Hungría en 1944: el país en donde más rápidamente se llevó a la práctica la Solución Final: medio millón de personas exterminadas en menos de un mes, y a su vez en el que más judíos fueron protegidos y salvados de los nazis en toda la guerra: algo más de 30.000. Sanz Briz actuó junto a otros, ejerciendo el liderazgo por los poderes que le otorgaba su cargo: representar los intereses de España en el extranjero. Sebastián Romero de Radigales, el cónsul español en Atenas en 1943, había advertido ya a sus superiores del «profundo descrédito en el que está cayendo España y los españoles ante su actitud frente al problema judío», cuando el gobierno declinó repatriar a los sefardíes de Salónica. Ángel Sanz Briz enmendó en parte la imagen del país en el exterior, que hasta entonces se había nutrido de los saludos con el brazo en alto y la parafernalia filonazi del régimen franquista. Inevitablemente, hay dos vertientes en esta historia: la del coraje personal de Sanz Briz, extendiendo sus acciones humanitarias mucho más allá de sus atribuciones, y la del funcionario, el hombre de Estado que cumplió con su trabajo. En la declaración de Adela a la prensa yo le había cortado el principio intencionadamente: «Ángel era un hombre muy concienzudo: un diplomático de los pies a la cabeza.» A mí me emociona el Sanz Briz que cumple su deber con la discreción y altura que requiere lidiar con las autoridades de otro país casi más que el hombre que acogió en su casa a unos sesenta judíos perseguidos, al margen totalmente de su cargo, y poniendo en riesgo su vida. Sanz Briz era joven cuando recayó en él la gran responsabilidad de estar al cargo, no solo de sus propios actos sino de los de todos los de su personal. No actuó solo, sino coordinado con las otras misiones extranjeras y la Cruz Roja, y con la ayuda de sus empleados y colaboradores: el abogado Zoltán Farkas, la secretaria Madame Tourneé y su hijo Gaston y el italiano apa-

drinado por el propio Sanz Briz, Giorgio Perlasca. Con ellos vivió seis intensos meses en los que lucharon contra la maquinaria más eficiente del mal que haya conocido la historia. Los límites del diplomático partían de Madrid: sin su autorización jamás habría podido desplegar sus acciones. Durante todo el verano de 1944, Sanz Briz, que ya estaba al frente de la legación tras la marcha del embajador Miguel Ángel Muguero, solo pudo informar de las atrocidades y asistir a las reuniones que organizaron los países neutrales bajo la batuta del enviado del papa, el nuncio apostólico monseñor Angelo Rotta. Con ellos llegó a firmar notas de protesta ante el gobierno húngaro para que se detuvieran las deportaciones a Auschwitz. Al menos en una ocasión lo hizo sin conocimiento de su gobierno, que le reprobó por ello. Sin embargo, cuando el Ministerio de Asuntos Exteriores decidió actuar en Budapest por las presiones de las organizaciones internacionales judías, Sanz Briz obtuvo la autorización para salvar al máximo número de judíos. Así comenzó la labor más decisiva del diplomático, que actuó de acuerdo con su gobierno pero con sus propias ideas. Tras arduas negociaciones con las autoridades húngaras del partido nazi Cruz Flechada consiguió el permiso para proteger, primero, a 100 judíos y después a 300. Era el cupo para pasaportes que se le concedió. Sanz Briz los convirtió en 358 pasaportes provisionales, 45 ordinarios y 1.892 cartas de protección, expedidas con su firma y el sello del gobierno de España, que protegieron de la persecución, la deportación, las marchas de la muerte y las matanzas a orilla del Danubio y en las calles a todos ellos. Antes de eso ejerció su cometido informando y participando de la vida política del país en el que desde el 19 de marzo de 1944 los nazis imponían su voluntad al regente del reino de Hungría, Miklós Horthy. El español se entrevistó con el regente, recibió en la legación el informe que desvelaría al mundo los horrores de Auschwitz, comprobó en las calles como los judíos de Budapest eran progresivamente estigmatizados y

segregados, estuvo al tanto de las conspiraciones que se sucedieron en el gobierno húngaro para salir de la guerra y las de los partidarios de permanecer en ella al lado de Alemania... La historia de la Solución Final en Hungría supuso la muerte de casi medio millón de sus ciudadanos. He creído absolutamente necesario acercarme a cómo se produjo, ya que no solo Sanz Briz fue testigo e informó de ello, sino que definió la forma en la que se desarrollaron los acontecimientos. Cuando saltó la tapa de los horrores de Auschwitz, los diplomáticos fueron los primeros extranjeros en saberlo.

Tendemos a calificar la Solución Final como algo fruto de la «demencia», pero es erróneo. Los actos del Tercer Reich estuvieron planeados, ejecutados y supervisados por personas inteligentes que estaban en plena posesión de sus facultades cuando se aplicaron a la tarea de borrar del planeta a seis millones de seres humanos. Fue la razón la que articuló las leyes de Núremberg. Es también el motivo de que 70 años después sigamos escribiendo de ello. Adolf Eichmann fue también un diligente funcionario. Su dedicación a la hora de interpretar los designios de la Solución Final desarrolló nuevas formas de tortura en las postrimerías de la guerra: cuando se acabaron los trenes para deportar a los judíos les obligó a conducirse por sus propios pasos hasta los campos de concentración. Las marchas forzadas harían agonizar hasta la muerte a muchos de ellos. Sanz Briz hizo lo posible por evitarlo: pudo recuperar a 30 a los que consiguió hacer retornar del infierno. Fue uno de los momentos más trágicos de dos meses, octubre y noviembre, en los que el golpe de Estado de Ferenc Szálasi, líder del Partido de la Cruz Flechada, imprimió el último capítulo de la deriva asesina que vivió Hungría. Crearon los guetos de Budapest y promovieron las matanzas en las calles, las orillas del Danubio, las casas donde se refugiaban los judíos. Sin embargo, el número de judíos deportados y asesinados por los nazis fue mucho mayor antes del caos revolucionario de Szálasi. Bajo la regencia del almirante Horthy, el

jefe del Estado desde 1920, se produjo la aniquilación de casi medio millón. El orden y la aparente estabilidad que brindaba el veterano gobernante facilitó que el gobierno pro nazi que él mismo constituyó aplicara el *Judenrein* —el Estado libre de judíos— en las provincias. Razón por la cual abordo sus decisiones y su encuentro con Sanz Briz, en el que trató de justificar su política. La comunidad judía húngara fue la última que sufrió la persecución de los nazis. Hacia 1944 ya eran conscientes de las matanzas del Tercer Reich y, en Budapest, los sionistas habían organizado un comité de salvamento que ayudaba a escapar a los perseguidos hasta Hungría, en donde estuvieron seguros hasta la invasión de los nazis. Sus acciones y su posterior negociación con Adolf Eichmann para salvar vidas es el acompañamiento a la de los diplomáticos extranjeros. Su historia y la del Consejo Judío —*Judenrat*—, que demoró informar sobre las atrocidades de Auschwitz, es también un vértice clave de esta historia. Sanz Briz fue uno de los primeros que tuvo acceso al informe sobre el secreto campo de exterminio, que le fue facilitado precisamente por la junta directiva de los sionistas, que tardó en darlo a conocer mientras comenzaban las deportaciones. Los únicos responsables de la matanza fueron los nazis y sus colaboradores pero la actividad de los judíos prominentes, como los del comité de rescate y el Consejo Judío, fue escrutada con lupa por los supervivientes después de la guerra. En Inglaterra encontré un pedazo de esa dolorosa historia que transcurrió en el despacho del presidente del Comité Judío de Budapest, Samu Stern. El investigador israelí Yehuda Bauer explicó que no se podía juzgar a los *Judenrat* de forma general, porque no hubo dos situaciones iguales. La de Budapest es una buena muestra del particular dilema que tuvieron que enfrentar. Por otra parte, los aliados ganaron la guerra y con la victoria enterraron a Hitler, el nazismo y la Solución Final. La matanza de judíos, de la que se tenía constancia en el Frente Este, nunca fue una prioridad y no alteró signi-

ficativamente su política de inmigración hasta el verano de 1944. El presidente de Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, creó el War Refugee Board a instancias de su secretario del Tesoro, Henry Morgenthau Jr., que pretendía arreglar la nula coordinación existente en las operaciones de salvamento durante el transcurso de la guerra. Su actividad en España coincidiendo con la operación de Sanz Briz en Budapest, fue el cambio de la política internacional respecto a los refugiados que ayudó también al régimen franquista a implicarse más en su salvamento.

Franco nunca persiguió a los judíos, permitió que entraran en España primero, salvando a decenas de millares de la deportación a los campos de exterminio y autorizando después al personal diplomático a protegerlos en los países ocupados. La política, en cualquier caso, no fue uniforme y dependió del momento. Hasta 1943 España había permitido la entrada de refugiados, pero no repatrió a los sefardíes fuera de ellas. Cuando a principios de 1944 rectificaron, muchos estaban ya en campos como el de Bergen-Belsen. Las legaciones no siguieron un procedimiento común y los representantes diplomáticos interpretaron las órdenes de forma desigual, según también el lugar, el momento y las circunstancias que fueron muy distintas en Rumanía, Grecia, Bulgaria, Francia, Alemania o Hungría. El Gobierno español no se guio principalmente por el humanitarismo; su mayor razón fue la supervivencia del régimen franquista, lo que para sus dirigentes era idéntico, a su vez, al «bien de España». Nunca se pensó en dar asilo a los judíos apátridas, ni tampoco a los sefardíes; se les ofreció la oportunidad de escapar, pero no quedarse como ciudadanos españoles. Es preciso, también, reconocer que no se distinguió especialmente en eso del resto de la comunidad internacional. Durante seis largos años casi ningún país quiso acoger a refugiados, y mucho menos a apátridas, entre ellos Estados Unidos y Gran Bretaña.

El supuesto interés nacional llevó a los dirigentes de Hungría a claudicar ante los horrores del nazismo: más de medio millón de seres humanos, de húngaros, murieron en las cámaras de gas. El nacionalismo no hizo nunca nada por nadie. En pleno siglo XXI sigue habiendo guerras, masacres, asesinatos, desplazados, refugiados de guerra y apátridas que deambulan entre fronteras buscando un lugar en el que su vida valga algo. Cualquier comparación histórica está condenada de antemano al fracaso, pero si de algo sirve el pasado es para reflexionar. Aborrecer el nacionalismo no significa no sentir amor por tu país. Sanz Briz amaba su tierra, por eso defendió su nombre en El Cairo, Budapest, El Salvador, Guatemala, Estados Unidos, Holanda, China y la Santa Sede. Esta es la historia de los diez meses que vivió en Budapest, cuando el Tercer Reich destruyó el último país de Europa que pudo antes de su derrota.

Preludio

Budapest-Londres, mayo de 2016-abril de 1944

El joven Thomas deambulaba entre los despachos del edificio de la Sip Utca a la espera de algún encargo de sus jefes. Apenas había cumplido los dieciséis años y trabajaba como mensajero y de chico para todo en la sede del Consejo Judío de Budapest. Llevaba la estrella amarilla cosida al pecho, lo que le habría incapacitado para andar por las calles antes de las doce del mediodía o después de las seis de la tarde, pero llevaba consigo un permiso especial debido a sus pequeñas funciones en el consejo. A abril le quedaban pocos días, era 1944 y los nazis habían desfilado por sus calles algo más de un mes antes. Las leyes y ordenanzas les aprisionaban cada vez más formando un cerco visible por el oprobio de David, que para los nazis significaba una raza, no la profesión de una fe. Thomas y su madre Frida no eran religiosos, y aunque provenían de Austria y hablaban alemán se consideraban húngaros. El idioma era la razón por la que ambos trabajaban para el *Judenrat*, el Consejo Judío que había impuesto Adolf Eichmann, el teniente coronel de las SS, para la implementación de las órdenes de la Solución Final en Hungría.

Thomas E. Konrad, ahora un octogenario que reside en una acomodada residencia para ancianos junto a su mujer en Winchester, a una hora y media aproximadamente en tren desde la estación de Waterloo en Londres, rememora aquella mañana de abril porque marcaría el curso de su vi-

da y la de su familia para siempre. En el edificio del distrito VII de Budapest, en el corazón del entonces gran barrio judío de la ciudad, aguardaba, como cualquier otro día, algún papel que llevar entre despachos o a otro punto de la ciudad. Esa mañana ocurrieron dos cosas inusuales: primero, se produjo un cierto revuelo con la llegada de unos extranjeros que fueron directos a uno de los despachos más importante del edificio, el que ocupaba Samu Stern, presidente del Consejo Judío en abril de 1944.

—Yo estaba enfrente del despacho sentado en un banco.

—¿Enfrente del despacho de Samu Stern?

—Sí.

A pesar de llevar más de media vida en Inglaterra, Thomas aún guardaba un fuerte acento extranjero. Según me iba desgranando la historia de su vida me tensé esperando el punto al que estábamos a punto de llegar. El final de la escena sigue estando envuelto entre dudas, pocas certezas y una controversia que aún produce rencor.¹ Quería escucharlo de alguien que sobrevivió a la persecución y que estuvo presente en uno de los acontecimientos trágicos sobre el destino de más de medio millón de húngaros. Serían enviados a los campos de la muerte tan solo unos días después de ese instante. El presidente del Consejo Judío recibió esa misma mañana a un alto oficial de las SS acompañado por otros dos miembros que formaban parte del *Sonderkommando* nazi. Los alemanes habían ocupado Hungría el 19 de marzo de 1944 manteniendo una aparente independencia del país, pero tutelaban ya al Gobierno húngaro, que había cambiado pocas semanas después de la ocupación.

—¿El hombre que llegó tras la marcha de los dos extranjeros al despacho de Stern era Adolf Eichmann?

—Eso me lo contaría mi madre, yo vi entrar al grupo al despacho. Poco después de su llegada llamaron a mi ma-

dre, que sabía alemán y trabajaba como intérprete en el Consejo General Judío.

—¿Usted seguía en la puerta del despacho de Samu Stern mientras se produjo la reunión? ¿Durante cuánto tiempo?

—No lo recuerdo, solo sé que cuando mi madre salió no pudo contener las lágrimas. Yo le preguntaba: ¿qué te pasa, que ha ocurrido ahí dentro? Pero no quería decirme nada concreto, solo que era todo terrible.

La madre de Thomas, Fridericka Konrad, había trabajado durante algún tiempo en el *Pester Lloyd*, un diario alemán de Budapest, pero cuando se produjo la ocupación alemana y este se convirtió en un tabloide de propaganda nazi había dejado el trabajo. Encontró un puesto como traductora para el Consejo Judío, que ejercía la autoridad que dictaban los nazis. Es decir, una macabra ilusión según el estudiado cinismo de las SS.

—No fue hasta el mediodía cuando por fin pude sonsacarle lo que había ocurrido. Lo que escuché fue que después de haber escuchado el relato de dos extranjeros, yugoslavos o eslovacos, no lo recuerdo bien, que narraron lo que ocurría en Auschwitz. Eichmann fue a hablar con el consejo, según el relato de mi madre, que estaba presente traduciendo la conversación. Lo que ocurrió allí fue quizás aún más terrible: Eichmann convenció a Samu Stern de que los judíos no debían conocer lo que estaba ocurriendo porque sería peor y que necesitaba el silencio de las autoridades judías. Samu Stern aceptó sus demandas bajo el argumento de que no quería que cundiera el pánico entre la población. Debían manejarlo con sensibilidad, puesto que lo veían inevitable y quizá solo con discreción podrían tomar las medidas necesarias para evitar el drama, salvar a unos cuantos judíos. Stern escondió la terrible verdad a muchos de los judíos que no imaginaban lo que les iba a ocurrir.